

Carl von Clausewitz

De la Guerra



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y Documentos

DE LA GUERRA

General Carl von Clausewitz

1.ª edición: enero de 2021

Título original: *De la Guerra*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados todos los derechos)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-666-0

Depósito Legal: B-19.256-2020

Impreso en Black Print CPI Ibérica, S. L., c/ Torre Bovera, 19-25
08740 Sant Andreu de la Barca - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo de la primera edición	7
Notas del autor	12
Prólogo del autor	16

LIBRO PRIMERO

Sobre la naturaleza de la guerra

Capítulo I. <i>¿Qué es la guerra?</i>	21
Capítulo II. <i>Fin y medios en la guerra</i>	42
Capítulo III. <i>El genio guerrero</i>	57
Capítulo IV. <i>Del peligro en la guerra</i>	77
Capítulo V. <i>De las fatigas corporales en la guerra</i>	79
Capítulo VI. <i>Información en la guerra</i>	81
Capítulo VII. <i>Fricción en la guerra</i>	83
Capítulo VIII. <i>Observaciones finales al primer libro</i>	87

LIBRO SEGUNDO

Sobre la teoría de la guerra

Capítulo I. <i>División del arte de la guerra</i>	91
Capítulo II. <i>Sobre la teoría de la guerra</i>	100
Capítulo III. <i>Arte o ciencia de la guerra</i>	122
Capítulo IV. <i>El método</i>	125
Capítulo V. <i>Crítica</i>	131
Capítulo VI. <i>Acerca de ejemplos</i>	151

LIBRO TERCERO
Sobre la estrategia en general

Capítulo I. <i>Estrategia</i>	161
Capítulo II. <i>Elementos de la estrategia</i>	170
Capítulo III. <i>Factores morales.</i>	172
Capítulo IV. <i>Principales potencias morales</i>	174
Capítulo V. <i>Virtud militar del Ejército</i>	176
Capítulo VI. <i>La intrepidez.</i>	181
Capítulo VII. <i>Perseverancia</i>	186
Capítulo VIII. <i>Superioridad numérica</i>	188
Capítulo IX. <i>La sorpresa</i>	194
Capítulo X. <i>La astucia.</i>	199
Capítulo XI. <i>Reunión de fuerzas en el espacio</i>	202
Capítulo XII. <i>Reunión de fuerzas en el tiempo</i>	203
Capítulo XIII. <i>Reserva estratégica</i>	210
Capítulo XIV. <i>Economía de fuerzas</i>	214
Capítulo XV. <i>Elemento geométrico</i>	215
Capítulo XVI. <i>Sobre las suspensiones en la guerra.</i>	217
Capítulo XVII. <i>Sobre el carácter de la guerra actual</i>	222
Capítulo XVIII. <i>Tensión y reposo.</i>	224

LIBRO CUARTO
Sobre el combate

Capítulo I. <i>Introducción</i>	229
Capítulo II. <i>Carácter de la batalla moderna</i>	230
Capítulo III. <i>El combate en general</i>	232
Capítulo IV. <i>Continuación</i>	237
Capítulo V. <i>De la significación del combate.</i>	246
Capítulo VI. <i>Duración del combate</i>	249
Capítulo VII. <i>Decisión del combate</i>	251
Capítulo VIII. <i>Acuerdo mutuo para el combate</i>	259
Capítulo IX. <i>Batalla general.</i>	263
Capítulo X. <i>Continuación.</i>	270
Capítulo XI. <i>Continuación</i>	277

Capítulo XII. <i>Medios estratégicos de utilizar la victoria.</i>	284
Capítulo XIII. <i>Retirada después de una batalla perdida.</i>	296
Capítulo XIV. <i>Combate nocturno.</i>	299

LIBRO QUINTO
Las fuerzas armadas

Capítulo I. <i>Esquema general.</i>	307
Capítulo II. <i>Teatro de la guerra, ejército, campaña.</i>	308
Capítulo III. <i>La relación de fuerzas.</i>	311
Capítulo IV. <i>Proporción de las tres armas.</i>	315
Capítulo V. <i>El orden de batalla de un ejército.</i>	326
Capítulo VI. <i>La disposición general de un ejército.</i>	333
Capítulo VII. <i>La vanguardia y los puestos avanzados.</i>	340
Capítulo VIII. <i>Modo de actuar de los cuerpos avanzados.</i>	349
Capítulo IX. <i>Los campamentos.</i>	354
Capítulo X. <i>Las marchas.</i>	357
Capítulo XI. <i>Las marchas (continuación).</i>	365
Capítulo XII. <i>Las marchas (continuación).</i>	369
Capítulo XIII. <i>Los acantonamientos.</i>	373
Capítulo XIV. <i>La subsistencia.</i>	380
Capítulo XV. <i>La base de operaciones.</i>	398
Capítulo XVI. <i>Las líneas de comunicaciones.</i>	404
Capítulo XVII. <i>Sobre el territorio y el terreno.</i>	409
Capítulo XVIII. <i>El dominio del terreno.</i>	414

LIBRO SEXTO
De la defensiva

Capítulo I. <i>Ataque y defensa.</i>	421
Capítulo II. <i>Relaciones tácticas entre el ataque y la defensa.</i>	426
Capítulo III. <i>Relaciones estratégicas entre el ataque y la defensa.</i>	430
Capítulo IV. <i>Convergencia de los ataques y divergencia de la defensa.</i>	436
Capítulo V. <i>Carácter de la defensa estratégica.</i>	441
Capítulo VI. <i>Extensión de los medios de defensa.</i>	444

Capítulo VII. <i>Reacción mutua entre el ataque y la defensa</i> . . .	452
Capítulo VIII. <i>De los diversos modos de resistencia</i>	454
Capítulo IX. <i>Batalla defensiva</i>	472
Capítulo X. <i>Plazas fuertes</i>	478
Capítulo XI. <i>Plazas fuertes (continuación)</i>	491
Capítulo XII. <i>Posiciones defensivas</i>	498
Capítulo XIII. <i>Posiciones fuertes y campos fortificados</i>	505
Capítulo XIV. <i>Posiciones de flanco</i>	514
Capítulo XV. <i>Defensa de las montañas</i>	517
Capítulo XVI. <i>Continuación</i>	527
Capítulo XVII. <i>Continuación</i>	537
Capítulo XVIII. <i>Defensa de ríos y afluentes</i>	544
Capítulo XIX. <i>Continuación</i>	563
Capítulo XX. <i>Defensa de pantanos</i>	566
Capítulo XXI. <i>Defensa de bosques</i>	573
Capítulo XXII. <i>El cordón</i>	575
Capítulo XXIII. <i>Llave del país</i>	580
Capítulo XXIV. <i>Efectos sobre los flancos</i>	585
Capítulo XXV. <i>Retirada en el interior del país</i>	598
Capítulo XXVI. <i>Armamento del pueblo</i>	614
Capítulo XXVII. <i>Defensa de un teatro de guerra</i>	622
Capítulo XXVIII. <i>Continuación</i>	627
Capítulo XXIX. <i>Continuación-Resistencia sucesiva</i>	645
Capítulo XXX. <i>Continuación-Defensa de un teatro de guerra cuando la decisión no es buscada</i>	648

LIBRO SÉPTIMO

De la ofensiva

Capítulo I. <i>El ataque y sus relaciones con la defensa</i>	681
Capítulo II. <i>Esencia de la ofensiva estratégica</i>	683
Capítulo III. <i>Del objeto de la ofensiva estratégica</i>	687
Capítulo IV. <i>Fuerza decreciente del ataque</i>	689
Capítulo V. <i>Punto límite de la ofensiva</i>	690
Capítulo VI. <i>Destrucción de las fuerzas enemigas</i>	692
Capítulo VII. <i>La batalla ofensiva</i>	694

Capítulo VIII. <i>Paso de ríos</i>	696
Capítulo IX. <i>Ataques de posiciones defensivas</i>	700
Capítulo X. <i>Ataques de campos atrincherados</i>	702
Capítulo XI. <i>Ataque de las montañas</i>	704
Capítulo XII. <i>Ataque de las líneas</i>	708
Capítulo XIII. <i>Maniobras</i>	709
Capítulo XIV. <i>Ataques de pantanos, inundaciones, bosques.</i>	713
Capítulo XV. <i>Ataque de un teatro de guerra cuando se busca una solución</i>	715
Capítulo XVI. <i>Ataque de un teatro de guerra cuando la solución no es buscada.</i>	720
Capítulo XVII. <i>Ataque de las plazas fuertes</i>	725
Capítulo XVIII. <i>Ataque de los convoyes</i>	731
Capítulo XIX. <i>Ataque a un ejército enemigo en sus acantonamientos</i>	734
Capítulo XX. <i>Diversiones</i>	741
Capítulo XXI. <i>Invasión</i>	745

LIBRO OCTAVO

Plan de guerra

Capítulo I. <i>Introducción</i>	761
Capítulo II. <i>Guerra absoluta y real</i>	764
Capítulo III (A). <i>Correlación intrínseca de la guerra</i>	768
Capítulo III (B). <i>De la magnitud del objetivo de la guerra y de la de sus esfuerzos.</i>	772
Capítulo IV. <i>Datos más precisos concernientes al objetivo militar. Destrucción del enemigo</i>	787
Capítulo V. <i>Continuación. Objetivo limitado</i>	797
Capítulo VI (A). <i>Influencia del fin político en el objetivo militar.</i>	800
Capítulo VI (B). <i>La guerra es un instrumento de la política</i>	803
Capítulo VII. <i>Objetivo limitado. Guerra de agresión</i>	812
Capítulo VIII. <i>Objetivo limitado. Defensa</i>	816
Capítulo IX. <i>Plan de guerra cuando el objetivo es el aniquilamiento del adversario</i>	822

Prólogo de la primera edición

Extrañará, y con razón, que una mano femenina se atreva a acompañar con un prólogo una obra de la naturaleza de la presente. Para mis amigos no necesita esto explicación alguna; pero aun de los ojos de los que no me conocen espero alejar toda presunción de orgullo por el simple relato de lo que a hacerlo me ha inducido.

La obra a que deben preceder estas líneas ha ocupado casi exclusivamente los doce últimos años de la vida de mi querido esposo, arrebatado en edad temprana a la patria y a mí. Terminarla era su ardiente deseo, pero su intención no comunicarla al mundo durante su vida, y cuando yo me obstinaba en disuadirle de tal propósito, me respondía con frecuencia, como en broma, o también como presintiendo una muerte prematura: «Tú la publicarás». Estas palabras (que en aquellos días felices me arrancaron lágrimas algunas veces, por poco dispuesta que estuviera entonces a darles su grave acepción) son las que ahora, y según el parecer de mis amigos, me obligan a escribir algunas líneas sobre la obra póstuma de mi querido esposo; y aun cuando también sobre esto quepan diversas opiniones, seguramente no se interpretará mal el sentimiento que me ha llevado a vencer la timidez que dificulta la presentación de una mujer, aun cuando sea en papel tan secundario como el que aquí me cabe.

Claro está que tampoco he tenido la más remota idea de considerarme como la propia publicista de una obra que está muy por encima de mis horizontes; sólo como una compañera quiero estar a su lado en su entrada en el mundo, y tal puesto sí que oso solicitarlo, ya que en su planeamiento y revisión me fue concedido uno similar.

Quien ha conocido nuestro feliz matrimonio y sabe que todo nos lo comunicamos, no sólo alegrías y pesares, sino también las ocupaciones e intereses de la vida diaria, comprenderá que no podía ocupar a mi querido esposo un trabajo de tal índole sin serme exactamente conocido. Nadie mejor que yo puede dar testimonio del celo, del amor que en él ponía, de las esperanzas que a él ligó, así como la época y causa de su origen. Su espíritu, tan ricamente dotado, había sentido desde su adolescencia la necesidad de luz y de verdad, y aunque su instrucción era muy compleja, su reflexión se había dirigido principalmente a la ciencia de la guerra, a la que le inclinaba su vocación y que de tanta importancia es para el bienestar de los pueblos. Scharnhorst le puso en el recto camino y el conseguir su colocación de profesor en la Escuela General Militar el año 1810, así como el honor que se le confió al mismo tiempo nombrándole para dar la primera enseñanza militar a SAR el príncipe heredero, fueron nuevos impulsos que dieron a sus investigaciones y trabajos aquella dirección y la idea de escribir aquéllos sobre los cuales se había dado a sí mismo una explicación satisfactoria.

Un escrito con el cual terminó, en el año 1812, las lecciones a SAR el príncipe heredero, contiene el germen de sus obras posteriores; pero sólo en el año 1816, en Coblenza, empezó de nuevo a entregarse a los trabajos científicos y a reunir los frutos que la abundante experiencia de cuatro años de pesada guerra había madurado. Escribió sus opiniones en un principio en cortas y deshilvanadas notas. La siguiente, que estaba sin fecha entre sus papeles, parece provenir de aquel tiempo.

«En las frases aquí apuntadas están considerados, según mi opinión, los principios fundamentales que constituyen la estrategia. Yo los miraba como meros materiales y aun llegué a pensar fundirlos en un todo.

»Estos materiales han nacido sin preconcebido plan. Mi intención fue primeramente, sin atender al sistema ni a estrecha dependencia con el punto capital de este tema, escribir en frases cortas, precisas y extractadas mis meditadas conclusiones.

»La forma como Montesquieu trató su asunto me parecía confusa. Me imaginaba que los cortos y sentenciosos capítulos que sólo gérmenes quería llamar al principio, atraerían a los intelectuales,

tanto por lo que de ellos podía deducirse, como por lo que en sí encerraban; también me imaginaba un lector inteligente y conocedor de la materia. Pero mi manera de ser, que siempre me impulsa a desarrollar y sistematizar, también aquí se hizo paso al fin. Por algún tiempo pude limitarme a deducir de las disertaciones que escribí sobre asuntos aislados los resultados más importantes, y concentrar su espíritu en un pequeño volumen, pero más tarde ha vencido por completo mi carácter, he desarrollado lo que he podido, y me he representado, naturalmente, un lector no iniciado aún en la materia.

»Cuanto más avanzaba en mi trabajo más me dejaba llevar del espíritu de investigación de proceder sistemáticamente, y así se sucedieron uno tras otro los capítulos.

»Mi última idea era revisarlo todo otra vez, motivar en los primeros párrafos otros muchos, y tal vez condensar en los últimos muchos análisis en un resultado, para formar un todo aceptable en un pequeño tomo en octavo. Al mismo tiempo quería evitar todo lo corriente, de fácil comprensión, cien veces repetido y generalmente aceptado; pues mi ambición era escribir un libro que no fuera olvidado a los dos o tres años, y que el que se interesara por estos asuntos pudiera consultar más de una vez».

En Coblenza, donde tenía muchos asuntos del servicio, sólo podía dedicar a sus estudios privados horas perdidas; con su nombramiento para director de la Escuela General Militar de Berlín, en 1818, pudo disponer del tiempo para dar mayor extensión a su obra y enriquecerla con la historia de las guerras modernas; tiempo que le hermanaba con su nuevo cargo que desde otro punto de vista no podía bastarle, ya que por el reglamento de la escuela, aún hoy vigente, la parte científica del establecimiento no depende del director, sino que es dirigida por una comisión de estudios. Por libre que estuviese de vanidad y de toda ambición egoísta e intranquila, sentía, sin embargo, la necesidad de ser verdaderamente útil y de no dejar improductivas las facultades con que Dios le había dotado. En la vida activa no estaba en puesto en que tal necesidad pudiera satisfacerse, y no acariciaba grandes esperanzas de lograrlo más adelante; su actividad entera se dirigía al reino de la ciencia, y la utilidad que con su obra esperaba ofrecer un día fue el objetivo de su vida; y,

no obstante, su decisión de que no apareciera la obra hasta después de su muerte, que siempre estuvo firme en él, es la mejor prueba de que ninguna pretensión vanidosa de elogio y popularidad, ninguna huella de mira egoísta se mezclaba a esa noble ansia de producir una obra grande y duradera.

Así continuó trabajando celosamente hasta que en la primavera de 1830 fue trasladado a Artillería, y de tal modo fue absorbida su actividad, ahora en un aspecto tan distinto, que por lo menos en un principio tuvo que renunciar a sus trabajos de autor. Arregló sus papeles, lacró los paquetes, los rotuló y se despidió tristemente de esta ocupación, que tan grata se le había hecho. En agosto del mismo año fue trasladado a Breslau, donde se encargó de la segunda inspección de Artillería, pero en diciembre otra vez fue llamado a Berlín y colocado como jefe de Estado Mayor del mariscal conde de Gneisenau (durante el tiempo que le fue concedido el mando en jefe). En marzo de 1831 acompañó a su venerable general a Posen.

Cuando en noviembre, después de la dolorosa pérdida, volvió a Breslau, le animaba la esperanza de proseguir su obra y quizá de poderla terminar durante el invierno. Dios había dispuesto otra cosa: el 7 de noviembre había regresado a Breslau, el 16 ya no existía, y los paquetes sellados por su mano se abrieron después de su muerte.

Esta herencia es la que ahora se publica en este volumen, tal como se encontraba, sin aumentar ni quitar una palabra. No obstante, en su publicación hubo mucho que hacer, ordenando y deliberando. Estoy sumamente agradecida a varios amigos sinceros por el apoyo que me han prestado, especialmente el comandante O'Etzel, que ha tomado a su cargo la corrección de las pruebas y la preparación de los mapas que acompañan a la parte histórica de la obra. También me atrevo a nombrar aquí a mi querido hermano, que fue mi sostén en la hora de la desgracia y que tanto se ha distinguido también en estos trabajos. En la cuidadosa lectura y ordenación de los mismos, ha encontrado, entre otras, dos notas de mi querido esposo, una escrita el año 1827 y otra, sin fecha, que parece ser posterior, que se insertan a continuación de este prólogo.

A otros muchos amigos quisiera dar las gracias por su consejo y por la adhesión y amistad que me han demostrado, pero aunque no

pueda citarlos aquí no dudarán ciertamente de mi reconocimiento; éste es tanto mayor estando convencida de que cuanto por mí hicieron no fue sólo por mi persona, sino por el amigo del cual Dios les había privado tan pronto.

Muy feliz fui unida a tal hombre durante veintiún años; pero me consuela de tan irreparable pérdida el tesoro de mis recuerdos y esperanza, el rico legado de afectos y amistad que debo al difunto y el relevante sentimiento de ver su mérito excepcional tan honroso y generalmente reconocido.

La confianza con que dos nobles príncipes me acogen es un nuevo beneficio que tengo que agradecer a Dios, ya que me abren una honrosa profesión a la que me dedicaré con entusiasmo.¹ ¡Que algún día pueda ser bendita mi vocación, y mi querido pequeño príncipe, en este momento confiado a mi solicitud, pueda leer este libro y en él halle la inspiración de hechos semejantes a los de sus gloriosos antepasados!

Escrito en Marmor-Palais. Potsdam, el 30 de junio de 1832.

MARÍA DE CLAUSEWITZ

1. La viuda de Clausewitz, que antes había sido condesa de Brühl, fue nombrada aya superior del príncipe Guillermo.

Notas del autor

1.^a «Considero los seis primeros libros, que ya se encuentran escritos en limpio, como una masa informe en cierto modo que aún debe ser corregida. En esta corrección aparecerá clara a la vista en todas partes la doble modalidad de la guerra y, por consiguiente, recibirán todas las ideas un sentido más preciso, una orientación determinada y una aplicación más inmediata. Esta doble modalidad de la guerra consiste: en aquélla cuyo fin es el *abatimiento del contrario*, sea que lo aniquilemos políticamente o simplemente lo dejemos indefenso para obligarle a la deseada paz, y en aquélla en que *sólo se pretende hacer algunas conquistas en las fronteras de su reino*, sea para conservarlas o para hacerlas objeto de un cambio beneficioso en el tratado de paz. Los puntos de paso de una a otra deben conservarse; pero en todo debe manifestarse la distinta naturaleza de ambas tendencias y su separación está en lo que tienen de incompatible.

»Además de esta diferencia, de hecho, debe fijarse de manera expresiva y exacta el punto de vista práctico, puesto que la guerra *no es más que la política del Estado proseguida con otros medios*. Manteniéndonos en este punto de vista ganarán nuestras consideraciones en unidad y todo se nos presentará claramente separado. Aunque no encuentra una aplicación esencial hasta el libro octavo, se desarrollará por completo, sin embargo, en el primer libro y también dejará sentir su influencia en la corrección de los seis primeros. Por tal trabajo de revisión, se librarán a éstos de muchas impurezas, se cerrarán muchas grietas y hendiduras y muchas generalidades pasarán en formas e ideas más precisas.

»El libro séptimo, *Del ataque*, cuyo capítulo único ya está bosquejado, se debe mirar como un reflejo del libro sexto y se escribirá

desde el punto de vista arriba mencionado, así es que, no sólo no necesitará revisión, sino que servirá de norma a la de los seis primeros libros.

»Para el libro octavo, *Del plan de guerra*, esto es, de la organización de toda una guerra, hay varios capítulos proyectados que no pueden considerarse como verdaderos materiales, sino como un grosero trabajo preliminar para conocer previa y exactamente el asunto que debe producirlo. Han cumplido su objeto, y al terminar el libro séptimo pienso empezar enseguida con el octavo, en el que principalmente se tendrán en cuenta los dos puntos de vista arriba citados que simplificarán y reforzarán el espíritu de lo expuesto.

»Espero en este libro serenar la frente de muchos estrategas y estadistas al señalar, por lo menos, en todas partes de qué se trata y qué es lo que debe considerarse en una guerra.

»Si en la preparación de mi libro octavo fijo claramente mis ideas y se señalan convenientemente las líneas generales de la guerra, tanto más fácil me será trasladar este espíritu a los seis primeros libros y dejar traslucir allí este armazón. Sólo entonces empezaré la corrección de los libros citados.

»Si me interrumpiera en este trabajo una muerte inesperada, no podría llamarse a lo escrito más que una informe masa de ideas, las que, expuestas a incesantes malas interpretaciones, darán lugar a cantidad de críticas sin madurar, ya que en estas cosas cree cada cual que lo que se le ocurre en el momento de tomar la pluma es tan bueno para dicho e impreso y lo tiene por tan indudable como que dos y dos son cuatro. Si tal crítico se tomara la pena de pensar años enteros sobre este asunto y compararlo siempre con la historia de las guerras, sería seguramente más circunspecto en su crítica.

»A pesar de su forma incompleta creo que un lector sin prejuicios y que busque la verdad y el convencimiento, no podrá por menos de reconocer en los seis primeros libros el fruto de una reflexión y estudio de la guerra de varios años, y quizá halle en ellos las ideas esenciales de las que podría resultar una revolución en estas teorías.

Berlín, 10 julio 1827».



2.^a El escrito aparentemente posterior, y también incompleto, es el siguiente:

«El manuscrito sobre la dirección de la gran guerra, que se hallará después de mi muerte, sólo debe apreciarse como una colección de materiales con los que podría construirse una teoría de la gran guerra. La mayor parte no me han satisfecho aún, y el sexto libro es una mera tentativa; yo lo hubiera terminado y buscado el motivo para otro.

»Pero tengo las líneas generales, que en esos trozos destacan, por las que convienen al aspecto de la guerra; ellas son el fruto de una prolija observación con constante dirección a la vida práctica y con el constante recuerdo de lo que me han enseñado la experiencia y el trato con ilustres soldados.

»El séptimo libro debía comprender el ataque, cuyo asunto está ligeramente esbozado; el octavo, el plan de guerra, en el cual habría considerado más especialmente el aspecto humano y político de la guerra.

»El primer capítulo del libro primero es el único que creo terminado, pues servirá, al menos, para indicar la orientación que en todas partes he procurado mantener.

»La teoría de la gran guerra, o la llamada estrategia, tiene extraordinarias dificultades y se puede afirmar que muy pocos hombres alcanzan conceptos claros de los asuntos aislados, pero sólo hasta donde lo permita la necesaria dependencia del conjunto. Los más, obedecen al obrar a su simple *tacto del juicio* que da más o menos resultados, según el genio de cada uno. Así han procedido todos los grandes capitanes; en ello estriba en parte su grandeza y su genio, ya que con ese *tacto* siempre encontraban el éxito; así se procederá siempre que se trate de obrar, porque ese *tacto* alcanza a ello perfectamente; pero cuando no es el caso de obrar por sí mismo, sino de convencer a otro en una discusión, entonces priva el claro concepto y la demostración de aquella íntima dependencia; el atraso de una instrucción acabada en este sentido es la causa de que la mayor parte de las discusiones no sean otra cosa que un cambio de frases en que cada uno conserva su opinión, o se llega a una transacción, término medio entre las opuestas opiniones, que no tiene valor propio alguno.

»Las claras concepciones, en estas cosas, no son tampoco inútiles; además, el espíritu humano está dirigido generalmente a la verdad y tiene la necesidad de permanecer, en todo caso, en determinadas dependencias.

»Las grandes dificultades que presenta una construcción filosófica del arte de la guerra y las numerosas y fracasadas tentativas que se han hecho en ese sentido han llevado a decir a mucha gente:

»No es posible tal teoría tratándose de cosas que no puede abarcar una ley permanente. Participaríamos de esta opinión y abandonaríamos todo intento de teoría si no se admitieran como evidentes gran número de frases, por ejemplo: que la defensa es la forma más fuerte con fin negativo; el ataque la más débil con fin positivo; que los grandes éxitos determinan los pequeños; que se pueden hacer concurrir las acciones estratégicas en un centro de gravedad; que una demostración, un débil empleo de fuerza; es como un verdadero ataque y, por tanto, debe ser preparado de manera especial; que la victoria no consiste simplemente en la conquista de los campos de batalla sino en la destrucción de las fuerzas enemigas, físicas y morales, la cual sólo se consigue, la mayor parte de las veces, en la persecución que sigue a la batalla ganada; que el éxito es siempre mayor donde se ha conseguido la victoria; que el paso de una línea y dirección a otras sólo puede considerarse como un mal necesario; que la justificación de los envolvimientos únicamente se halla en la absoluta superioridad o en la superioridad de las líneas de enlace y retirada propias sobre las del contrario; que las posiciones de flanco sólo pueden admitirse en las condiciones últimamente dichas; que todo combate se debilita en el avance».

Prólogo del autor

Que el concepto de ciencia no se resume sólo ni principalmente en un sistema o doctrina es cosa que hoy en día no necesita explicación. En la siguiente exposición no se encontrará el sistema a primera vista, y en vez de una doctrina completa no se descubrirán más que materiales para ella. Su forma científica está en el esfuerzo de indagar la esencia de los fenómenos guerreros; en señalar su enlace con la naturaleza de las cosas que los constituyen. Nada se ha querido sustraer a la consecuencia filosófica; pero donde ésta se continúa en un hilo demasiado delgado el autor ha preferido romperlo para reanudarlo a los correspondientes fenómenos experimentales; porque así como las plantas sólo dan fruto cuando la flor no nace a demasiada altura en el tallo, así en las artes prácticas las hojas y flores teóricas no deben levantarse demasiado sino mantenerse próximas al suelo constituido por la experiencia.

Indiscutiblemente será una equivocación querer deducir de la composición química del grano de trigo la forma de la espiga a que da origen, ya que sólo necesitamos ir al campo para verla perfectamente. Investigación y observación, filosofía y experiencia ni pueden menospreciarse mutuamente ni se excluyen; ambas se prestan recíproca garantía. Los preceptos de este libro, ligados por su íntima dependencia, se apoyan, ya en la experiencia, ya como en un punto exterior, en el concepto de la guerra, y no pueden pasarse sin este apoyo.²

-
2. Que no lo aprecian así muchos escritores militares, especialmente aquellos que quieren tratar la guerra científicamente, lo prueban los numerosos ejemplos en cuyos razonamientos se devoran los pros y contras de tal modo que, como en el cuento de los dos leones, nunca quedan ni los rabos. (N. del A.)

Quizá no sea imposible escribir una teoría de la guerra sistemática, sólida y razonada; pero las actuales están muy distantes de tal cosa. Su espíritu anticientífico, por completo inconsecuente, en su ansia de conseguir el enlace y conjunto del sistema las llena de vulgaridades, lugares comunes y palabrería de toda clase. Si queremos una expresiva imagen de ello basta leer el siguiente resumen de Lichtenberg, de una disposición para caso de fuegos:

«Cuando una casa arde se procurará cubrir ante todo la pared derecha de la casa, y, por el contrario, la pared izquierda de la casa que está a la derecha; porque si, por ejemplo, quisiéramos proteger la pared izquierda de la casa que está a la izquierda, como la pared derecha de la casa está a la derecha de la pared izquierda, y como el fuego está a la derecha de esta pared y también de la pared derecha (puesto que hemos sentado que la casa se halla a la izquierda del fuego), está, por tanto, la pared derecha más cerca del fuego que la izquierda, y la pared derecha de la casa podría quemarse si no se protegiese antes que el fuego llegara a la izquierda, que está protegida; por consiguiente, se podría quemar algo que no protegemos, y ciertamente antes que otra cosa que también se quemaría si no la protegieramos; en resumen, que debemos dejar ésta y cubrir aquélla. Y para fijar las ideas, séanos permitido el observar que si la casa está a la derecha del fuego es la pared izquierda, y si la casa está a la izquierda la pared derecha, la que debe protegerse».

Para no aterrorizar al lector inteligente con tales lugares comunes y quitar el valor a lo que resta de bueno, diluyéndolo, ha preferido el autor presentar en pequeñas pepitas de puro metal lo que su reflexión de muchos años sobre la guerra, el trato con gentes juiciosas que la conocían y muchas experiencias propias le sugerían y afirmaban. Así han nacido los capítulos de este libro, débilmente ligados en apariencia, pero a los que probablemente no falta una íntima dependencia. Quizá aparezca pronto un cerebro superior que, en vez de estas pepitas sueltas, ofrezca el todo en un puro linigote sin escoria.

Libro primero
Sobre la naturaleza de la guerra

Capítulo I

¿Qué es la guerra?

I. Introducción

Pensamos considerar primeramente los elementos aislados de nuestro objeto, luego las partes o miembros del mismo, y, por último, el todo en su armónica e íntima constitución, para proceder así de lo simple a lo compuesto. Pero aquí, más que en cuestión alguna, es necesario comenzar refiriéndose a la naturaleza del todo, porque aquí, como en parte alguna, deben ser meditados siempre el todo y la parte al mismo tiempo.

II. Definición

No queremos dar de la guerra una pesada definición de publicistas, sino detenernos en el elemento de la guerra, en el combate singular. La guerra no es otra cosa que un combate singular amplificado. Si queremos concebir como unidad la multitud de combates singulares que la constituyen, nada mejor que representarnos dos luchadores. Cada uno pretende, por medio de la fuerza física, someter al otro al cumplimiento de su voluntad; su fin inmediato es derribarlo e incapacitarlo para ulterior resistencia.

La guerra es, pues, un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad.

La fuerza se arma con los inventos de las ciencias y las artes, para combatir la fuerza. Imperceptibles limitaciones apenas dignas de mención, que ella misma establece con el nombre de *derecho de gentes*, le acompañan sin debilitar esencialmente su energía. La fuer-

za, es decir, la fuerza física (pues moral no existe fuera de los conceptos de Estado y de ley) es el *medio*; someter el enemigo a nuestra voluntad, el fin. Para conseguir este *fin* tenemos que dejar indefenso al enemigo, y éste es, conforme con nuestro concepto, el objeto o «*fin específico*» de la acción guerrera. Éste representa al fin mediato y lo sustituye en cierto modo como a algo no perteneciente a la guerra misma.

III. Extremo empleo de la fuerza

Almas humanitarias podrán concebir fácilmente que exista una inutilización, un desarme artístico del adversario sin causarle demasiadas heridas, y que tal sea la verdadera tendencia del arte de la guerra. Por muy bello que esto nos parezca, nos vemos obligados, sin embargo, a destruir tal error, pues en asuntos tan peligrosos como lo es la guerra, los errores que se dejan subsistir por benignidad son, precisamente los más perjudiciales.

Como el empleo de la fuerza física en su sentido más lato no excluye de modo alguno la cooperación de la inteligencia, el que emplee esa fuerza sin miramientos, sin economía de sangre, adquirirá superioridad si el enemigo no hace lo mismo. Por este medio impone la ley al otro, y así pujan hasta el último extremo, sin que haya otros límites que sus intrínsecas atenuantes.

Así debemos apreciar el problema, pues sería una tentativa inútil y contraproducente prescindir de la naturaleza de la guerra por aversión al cruel elemento.

Si las guerras de los pueblos civilizados son menos crueles y devastadoras que en los incivilizados, es debido al estado social de los pueblos, tanto nacional como internacional. En tal estado y en sus relaciones tiene origen la guerra, y él la modera, restringe y condiciona; pero tales cosas no pertenecen a la guerra misma, son únicamente un dato; jamás puede introducirse en la filosofía de la guerra un principio de moderación sin cometer un absurdo.

La lucha entre hombres consta, en el fondo, de dos distintos elementos: el *sentimiento* y la *intención* hostiles. Hemos escogido el último de estos elementos, como característica de nuestra definición,

por ser el más general. No puede concebirse el odio cruel y acendrado, rayano ya en instinto, sin intención hostil; por el contrario, hay muchos propósitos hostiles que no van acompañados de enemistad del sentimiento alguno, o, por lo menos, sin que haya existido previamente. En los pueblos salvajes predominan las intenciones propias del sentimiento; en los civilizados, las pertenecientes a la razón; mas tal diferencia no reside en el estado mismo del salvajismo o civilización, sino en las circunstancias, organización, etc., que le acompañan; por tanto, no puede establecerse para cada caso aislado sino para la mayoría de los casos; en una palabra, aun los pueblos más civilizados pueden inflamarse en un odio recíproco.

De aquí se desprende cuán desacertados estaríamos en considerar la guerra de los civilizados como la ejecución de un acto meramente racional de los Gobiernos, y cada vez más desprovisto de todo apasionamiento tal, que finalmente no serían necesarias las fuerzas físicas, sino sólo sus relaciones: una especie de *álgebra de la acción*.

La teoría empezaba a moverse en ese sentido cuando los acontecimientos de las últimas guerras le enseñaron otro mejor. Si la guerra es un acto de violencia, pertenece necesariamente al sentimiento. Si no sale de él, viene, no obstante, al mismo, en parte mayor o menor, y éste *más o menos* no depende del grado de civilización, sino de la importancia de los intereses encontrados y de la persistencia de su incompatibilidad.

Si no vemos en los pueblos civilizados dar muerte a los prisioneros y destruir los campos y ciudades es porque, mezclándose más la inteligencia en la dirección de la guerra, ha mostrado medios más eficaces para el uso de la fuerza que las crueles exteriorizaciones del instinto.

La invención de la pólvora, el perfeccionamiento siempre creciente de las armas de fuego prueban cumplidamente que la tendencia al aniquilamiento del enemigo expuesta en el concepto de la guerra no está de hecho ni molestada ni desechada por la progresiva civilización.

Repetimos, pues, nuestro aforismo: *la guerra es un acto de fuerza* y no existen límites en el empleo de ésta; cada beligerante impone al otro la ley, se establece una acción recíproca que, lógicamente, debe conducir al extremo. Esto es la primera *acción recíproca* y el primer *extremo* a que conduce.

(Primera acción recíproca).

IV. El fin es dejar indefenso al enemigo

Hemos dicho que el fin de la acción guerrera era dejar indefenso al enemigo, y queremos probar ahora que esto es necesario, por lo menos en la representación teórica.

Si el contrario ha de cumplir nuestra voluntad, es preciso ponerlo en una situación que sea más perjudicial que el sacrificio que de él pretendemos obtener; las desventajas de tal situación no deben, por lo menos, según las apariencias, ser transitorias; de otro modo esperaríamos el contrario mejor ocasión y no cederíamos. Todo cambio producido en aquella por la prosecución de la acción guerrera debe conducir a otra peor; cuando menos; así ha de parecerse. La peor situación a que puede llegar un beligerante es la de completa indefensión. Si ha de someterse al adversario al cumplimiento de nuestra voluntad por medio de la acción guerrera, es preciso o incapacitarlo de hecho o colocarlo en tal estado que quede amenazado de este resultado, según toda probabilidad. De aquí se desprende que el desarme o derribo del adversario, como queramos llamarlo, debe ser siempre el fin del acto guerrero.

Pero la guerra no es la acción de una fuerza viva sobre una masa inerte, ya que una pasividad absoluta no podía constituir acción guerrera; así pues, es siempre el choque de dos fuerzas vivas, y lo que hemos dicho acerca del fin de la acción guerrera debe ser considerado en ambos bandos. Aquí hay otra vez *acción recíproca*. En tanto yo no haya derribado al enemigo debo temer que él me derribe; no soy, pues, dueño de mí mismo sino que él me impone la ley como yo se la impongo. Ésta es la segunda *acción recíproca* que conduce a un segundo extremo.

V. Extremo esfuerzo

Si queremos derribar al contrario necesitamos medir nuestro esfuerzo con su resistencia; ésta se expresa en un producto cuyos factores no pueden separarse, y son: *la magnitud de los medios existentes y la firmeza de la voluntad*.

La magnitud de los recursos existentes podría precisarse, ya que (aunque no por completo) es cosa de números; no así la firmeza de voluntad que se deja precisar mucho menos, y que únicamente po-

dremos apreciar de algún modo por la fuerza del motivo. Establecido que por estos medios consigamos una aceptable probabilidad para expresión de la resistencia del contrario, podremos medir por ella nuestro esfuerzo y hacer éste tan grande que la supere, o lo mayor posible, en el caso de que no alcancen nuestros recursos de toda clase. Mas lo mismo hace el contrario; nueva puja que en el campo especulativo debe llevar el intento hasta el último *extremo*. Ésta es la tercera acción recíproca y el tercer *extremo* que nos encontramos.

(Tercera acción recíproca).

VI. Modificaciones en la realidad

En el campo abstracto de las meras concepciones, el raciocinio no descansa hasta llegar al límite, pues tiene que operar con un límite, con un conflicto de fuerzas abandonadas a sí mismas y que no obedecen más que a sus íntimas leyes. Si quisiéramos sacar de este concepto de guerra un punto de partida para el fin a alcanzar y para los medios que debemos emplear, las constantes acciones recíprocas nos llevarían al extremo de considerar lo que sólo era un resultado de la especulación, sacado por un hilo apenas visible de sutileza lógica. Si ceñidos siempre a lo absoluto, rodeando las dificultades, quisiéramos perseverar en la rigidez lógica, recurriendo al extremo en todo tiempo y asignar el supremo esfuerzo a cada caso, se llegaría a simples afirmaciones teóricas sin valor práctico alguno.

Si suponemos que el máximo esfuerzo es *un absoluto*, fácil de determinar, debemos admitir, sin embargo, que el espíritu humano difícilmente se sometería a esta quimera lógica. En muchos casos tendría lugar un inútil despliegue de fuerzas, que encontraría un contrapeso en otros principios de la política; esto requeriría un esfuerzo de la voluntad, que no estando en proporción con el fin propuesto no podría tener realidad, pues la voluntad humana jamás recibe su fuerza de una sutileza lógica.

Pero todo se transforma al pasar de la abstracción a la realidad. Allí todo queda regido por el optimismo y podemos concebir tanto unas cosas como otras, no sólo tendiendo a la perfección sino alcanzándola. ¿Sucederá esto en la realidad? Así sucedería, si:

1. La guerra fuera un acto aislado que naciera de repente y sin relación alguna con la vida anterior del Estado.
2. Cuando consistiera en una solución única o en una serie simultánea de soluciones.
3. Cuando llevara en sí un resultado definitivo y no influyera en ella, mediante el cálculo, la consecuente situación política que debe suceder a la guerra.

VII. La guerra nunca es un acto aislado

En lo que respecta al primer punto, ninguno de los adversarios es una persona abstracta para el otro, ni aun refiriéndose al factor del producto de resistencia mencionado, que no descansa en cosas exteriores, esto es, a la voluntad. Esta voluntad no es un incognoscible absoluto; anuncia lo que será mañana con su manera de ser actual. La guerra no surge repentinamente; su expansión no es obra de un momento; los adversarios pueden juzgar cada uno del otro a grandes rasgos, por lo que es y por lo que hace, no por lo que, rigurosamente pensando, debiera ser y hacer. Además, el hombre, con su imperfecta constitución, queda siempre tras la línea de perfecto en absoluto y, por tanto, estas imperfecciones, puestas en actividad por ambas partes, engendran un principio moderador de la guerra.

VIII. No consiste en un golpe aislado sin duración

El segundo punto nos da margen para las siguientes consideraciones:

Si la solución en la guerra fuera una, o una serie simultánea, revestirían todos los preparativos para la misma tendencia al límite; ya que una omisión no sería reparable, serían en la vida real los preparativos del adversario, a lo sumo y en cuanto nos fueran conocidos, la medida de que podríamos disponer, y el resto cae otra vez en el campo de la abstracción. Si la solución consta de varios actos sucesivos, los precedentes pueden, con todos sus accidentes, servir de norma a los posteriores, y en esta forma se nos presenta aquí la realidad sustituyendo a la abstracción y moderando la tendencia al extremo.

Toda guerra estará comprendida necesariamente en una solución o serie simultánea, cuando los medios de combate se obtengan o puedan ser obtenidos de una vez, puesto que una resolución desfavorable disminuye los medios de combate, y si en la primera se han empleado todos ellos, no debe pensarse en la segunda. Las acciones guerreras que pueden seguir a la primera le pertenecen en esencia y sólo constituyen su duración.

Pero ya hemos visto en los preparativos para la guerra que la realidad sustituye a la mera concepción y una prudente medida a una preparación teórica extrema; por tanto, no llegarán ambos adversarios a un esfuerzo supremo, ni se pondrán en juego todos los medios a la vez.

Pero tales medios no pueden ser empleados a un tiempo, ya sea por su naturaleza especial, ya por lo peculiar de su uso, y son: *las fuerzas de combate, el país con su terreno y población y los aliados.*

El país, con su suelo y población, además de ser la fuente de los propios medios de combate, constituye por sí una parte integrante de las magnitudes que obran en la guerra, y lo hace sólo con la parte que pertenece al teatro de la guerra o que ejerce sobre él una influencia directa.

Podremos emplear a la vez todos los medios de combate transportables, pero no todas las fuentes, ríos, montes, habitantes, etc.; en fin, todo el país, como no sea tan pequeño que la primera acción guerrera lo abarque por completo. Por otra parte, la cooperación de los aliados no depende de la voluntad de los beligerantes, y según la naturaleza de las relaciones internacionales, es frecuente que aquélla sólo tenga lugar o se acentúe más adelante para restablecer el equilibrio perdido.

Más adelante precisaremos cómo esta parte de los medios de resistencia que no pueden ser empleados al mismo tiempo constituyen una parte del todo, más importante de lo que a primera vista pudiera creerse, y cómo puede restablecerse el equilibrio alterado en una primera acción librada con numerosos medios. Aquí nos basta señalar que la naturaleza de la guerra consiste en la completa reunión de las fuerzas en el menor tiempo. Sin embargo, esto no puede ser por sí y ante sí una razón para moderar el pugilato de esfuerzos para la primera resolución, pues una resolución desfavorable siempre es

una desventaja a la que no podemos exponernos intencionadamente, y porque aunque no fuera la única la influencia ejercida en las posteriores, sería proporcional a su importancia; pero la posibilidad de posterior resolución podría dar refugio al espíritu humano, tímido ante un esfuerzo excesivo y, por tanto, que en la primera resolución no se reúnan ni actúen los medios en la medida que en otro caso tendría lugar.

Lo que cada uno de ambos adversarios abandona por debilidad será para el otro una razón objetiva de su moderación, y así, por medio de esta acción recíproca, se disminuirá en una cierta cantidad el esfuerzo para llegar al límite.

IX. El resultado de la guerra no es un «absoluto»

Finalmente, la total resolución de una guerra no puede considerarse siempre como absoluta, sino que muchas veces el Estado vencido ve en ella sólo un mal pasajero, al que puede encontrarse un remedio en las posteriores relaciones políticas. Es fácil deducir cuánto moderará esto la intensidad de la excitación y la magnitud del esfuerzo material.

X. Las probabilidades de la realidad sustituyen a lo extremo y absoluto del concepto

De esta manera se despoja a la completa acción guerrera de la severa ley que rige las fuerzas dirigidas al último extremo. Al no ser éste buscado ni temido, toca al juicio el fijar el límite de los esfuerzos, cosa que sólo puede hacer basándose en los datos que ofrecen los acontecimientos de la vida real y según leyes de probabilidad, pues no siendo ya ambos adversarios puros conceptos, sino Estados y Gobiernos con individualidad definida, ya no será la guerra un desarrollo de acciones ideales sino propiamente constituido; por tanto, será lo realmente conocido un dato para la esperada determinación de lo desconocido.

Ateniéndose a las leyes de probabilidad, cada bando deducirá del carácter, disposiciones, estado y relaciones del contrario la manera de obrar de éste, y, en consonancia, determinará su línea de conducta.

XI. Vuelve a presentarse el fin político

Aquí se impone nuevamente y por sí, a nuestra consideración, un asunto que habíamos alejado provisionalmente de ella (*véase número 2*); es éste el *fin político de la guerra*.

La ley de lo extremo, el propósito de dejar indefenso al contrario, de derribarle, nos lo había hasta aquí ocultado en cierto modo. A medida que esta ley pierde fuerza y tal propósito retrocede ante su objeto, debe, pues, reaparecer el fin político. Siendo el completo proceso un cálculo de probabilidades basado en personas y relaciones determinadas, constituirá el fin político, como motivo originario, un factor esencial. Cuanto menor sea el sacrificio que reclamemos de nuestro adversario es lógico esperar que tanto menores serán sus esfuerzos para rehusárnoslo. Cuanto más escasos sean éstos, tanto menores serán también los nuestros. Además, a menor cuantía del fin político, tanto menor será el valor que le demos; pronto nos acomodaremos a renunciar a él, y por esta razón también serán menores nuestros esfuerzos.

Por tanto, el fin político como motivo originario de la guerra nos dará la medida así para el resultado que pretende alcanzarse por medio del acto guerrero, como para los esfuerzos que deben realizarse. Pero este papel no le corresponde más que relativamente a los dos Estados beligerantes, porque se trata de realidades y no de meras abstracciones. Un mismo fin político en distintos pueblos, y aun en uno solo, puede en distintas épocas originar diferentes acciones. Pero si el fin político vale como medida, es en cuanto lo concebimos ejerciendo su acción sobre las masas que debe mover; su naturaleza, pues, ejerce marcada influencia. Es fácil ver que por esta circunstancia pueden variar en absoluto los resultados, según su influencia en los principios de refuerzo o debilitación de las masas. En dos pueblos y Estados pueden concurrir tales excitaciones y tal suma de elementos hostiles, que una insignificante causa política de una guerra puede ocasionar una acción muy superior a su naturaleza, una verdadera explosión.

Esto es aplicable a los esfuerzos determinados en ambos Estados por el fin político y al objetivo que el mismo confía a la acción guerrera. Algunas veces el mismo fin político puede ser también ese

objetivo; por ejemplo, la conquista de una provincia. Otras no es apropiado para indicar el objetivo de la acción guerrera, y en este caso debemos elegir un objetivo que le sea equivalente y que pueda representarlo al hacerse la paz. Pero también aquí se presupone siempre la consideración del carácter de los Estados contendientes. En ciertas circunstancias, el equivalente ha de ser de mayor peso que el fin político para poder alcanzar este último. Tanto más predominará y resolverá el fin político cuanto mayor sea la diferencia en las masas y más escasa sea la excitación en ambas naciones y en sus relaciones; casos hay que sólo él decide.

Siendo el objetivo de la acción guerrera un equivalente del fin político, esta acción disminuirá de intensidad con él, y en mayor proporción cuanto mayor sea el predominio de este fin político; así se explica que sin incompatibilidades manifiestas varíen las guerras tanto en importancia y energía, desde la guerra sin cuartel a la simple observación armada. Esto nos lleva a un problema de otro género, que hemos de desarrollar y discutir.

XII. No se justifica aún una suspensión en la acción guerrera

Por insignificantes que sean las exigencias políticas de ambos contendientes, débiles los medios empleados y reducido el objetivo confiado al acto guerrero, ¿puede este acto cesar un instante? Este problema reside en la esencia del asunto. Toda acción necesita para llevarse a cabo un cierto tiempo, que denominaremos su duración. Será mayor o menor, según la actividad desplegada por los beligerantes.

De estos mayor y menor no nos ocuparemos aquí. Cada uno procede a su manera: el lento las hace despacio, no porque quiera emplear más tiempo, sino porque lo necesita su natural, y hacerlo más deprisa sería hacerlo peor. Este tiempo depende de íntimas razones y pertenece a la duración propia de la acción.

Concediendo en la guerra a cada acción su duración propia, tenemos que aceptar, por lo menos, a primera vista, que todo gasto de tiempo fuera de esa duración, esto es, toda suspensión, aparece contraproducente. No olvidemos que no hablamos de los adelantos he-

chos por uno u otro de dos contrarios, sino del curso de la acción guerrera en conjunto.

XIII. Sólo existe una razón que puede detener en la ejecución, razón que parece no convenir más que a un bando

Al prepararse ambos bandos para la lucha lo harán impulsados por algún principio hostil; mientras permanezcan dispuestos, esto es, mientras no concluyan la paz, debe existir ese principio, que únicamente puede descansar en una condición, la misma para ambos bandos, a saber: *esperar una época más favorable del curso de la acción*. Parece, en un principio, que tal condición sólo puede aprovechar a uno de los beligerantes, puesto que por su propia naturaleza recaerá en perjuicio del otro. Si uno tiene interés en obrar, el otro debe tenerlo en esperar.

Un completo equilibrio en las fuerzas no puede producir suspensión alguna, pues de otro modo aquélla cuyo fin fuere positivo (agresora), debe continuar las operaciones.

Si queremos concebir este equilibrio haciendo que aquélla cuyo fin sea positivo, y, por tanto, el motivo de mayor fuerza cuente con medios más escasos, de tal modo que se establezca la igualdad en el producto motivo por fuerza, aún deberemos razonar siempre así: si no se prevé ningún cambio probable en ese estado de equilibrio debe hacerse la paz; pero si tal cambio se prevé, la paz sólo sería favorable a uno de los beligerantes, y el otro se vería precisado a obrar. Vemos, pues, que el concepto del equilibrio no puede explicar la suspensión de la acción, sino que ésta se reduce a la espera del momento favorable. Establecido, pues, que uno de los dos Estados tiene un fin positivo en la guerra, éste querrá conquistar una provincia del contrario para hacerla pesar en las condiciones de la paz. Con esa conquista llena su fin político, cesa la necesidad de obrar, y para él empieza la inacción. Si el contrario se acomoda a ese éxito debe concluir la paz; en caso contrario, proseguir la acción; mas si comprende fácilmente que en cuatro semanas se organizará mejor, tendrá razón suficiente para demorar su acción.

Al parecer, desde este mismo instante recae en el contrario el lógico deber de continuar actuando para no dejar al vencido el tiempo de prepararse. Claro es que aquí presuponemos una perfecta apreciación del caso por parte de ambos bandos.

XIV. En consecuencia vendría una continuidad en la acción guerrera impulsándolo todo

Si existiera tal continuidad en la acción guerrera, lo llevaría todo otra vez al límite; pues, en efecto, se deduce que tal incansable actividad inflamando más y más las facultades del alma, y dando al conjunto un alto grado de apasionamiento, crearía una fuerza elemental mayor, y la continuidad de la acción llevaría consigo, con un ininterrumpido enlace causal, consecuencias de tal entidad, que cada acción aislada encerraría importancia y riesgo mayores.

Pero ya sabemos que la acción guerrera raras veces o nunca tiene esa continuidad, y que hay gran número de guerras en que una parte insignificante de su duración se ha invertido en obrar, y la suspensión ha llenado el resto. Es imposible que esto constituya siempre una anomalía, y, por tanto, la suspensión de la acción guerrera debe ser posible; esto es, no debe llevar en sí contradicción alguna. Del cómo y por qué de tal cosa vamos a ocuparnos ahora.

XV. Para esto tomamos en cuenta un principio de polaridad

Como hemos supuesto siempre que el interés de uno de los generales es opuesto al del general enemigo, hemos aceptado una verdadera polaridad. Nos reservamos el dedicar un capítulo a este punto; sin embargo, diremos sobre él lo siguiente:

«El principio de la polaridad sólo tiene valor cuando se aplica a un mismo objeto, en el que las magnitudes positivas, y sus opuestas, las negativas, se destruyen. En una batalla cada una de las dos partes quiere vencer, hay una verdadera polaridad, pues una victoria destruye la otra. Mas cuando se trata de dos cosas distintas que tienen una relación externa común, la polaridad entonces no es de las cosas, sino de sus relaciones».

XVI. Ataque y defensa son cosas de distinto carácter y de desigual valor; la polaridad, por tanto, no puede referirse a ellas

Si no existiera más que una forma de guerra, es decir, el ataque solamente, sin defensa, o con otras palabras: si sólo diferenciara al ataque de la defensa el motivo positivo que aquél tiene y a ésta le falta, la lucha sería siempre una y la misma; las ventajas de uno serían desventajas de igual magnitud en el contrario: existiría polaridad.

Pero la actividad guerrera se desdobra en dos formas: ataque y defensa, muy distintas y de desigual valor, como positivamente probaremos más tarde. La polaridad reside en aquello a que ambas se refieren, en el resultado, pero no en el ataque ni en la defensa en sí mismos. Si un general desea retardar la solución, el otro la quiere antes; pero siempre por la misma forma de la lucha. Si *A* tiene interés en atacar al enemigo, no ahora, sino cuatro semanas después, el interés de *B* es el ser atacado, no cuatro semanas después, sino en el acto. Ésta es la recíproca inmediata; sin que pueda deducirse que *B* tenga interés en atacar a *A* en el acto, cosa que es completamente distinta.

XVII. Por la superioridad de la defensa sobre el ataque se anula muchas veces la acción de la polaridad, y así se explica la suspensión del acto guerrero

Siendo la forma defensiva más fuerte que la del ataque, como luego demostraremos, nos preguntamos si la ventaja que el uno encuentra en diferir la solución será tan grande como la que supone la defensiva en el otro; cuando no se verifique así, tampoco podrá neutralizar al contrario por medio de su acción, y, por lo tanto, esta espera no podrá influir en la marcha del acto guerrero. Vemos, pues, que la fuerza impulsiva que posee la polaridad de los intereses puede ser destruida por la diferencia de fuerza de las formas defensiva y ofensiva.

Si aquél para el que el presente es favorable resulta demasiado débil, para pasarse sin la ventaja de la defensiva, debe acomodarse a afrontar un futuro quizá más desfavorable; porque puede ser mejor

batirse a la defensiva en ese futuro que en el presente atacando o que hacer la paz. Según nuestro convencimiento, la superioridad de la defensa (bien entendida) es muy grande, mucho mayor de lo que imaginamos a primera vista; así se explican un gran número de períodos de suspensión que se presentan en las guerras, sin que nos veamos obligados a juzgar sobre una íntima contradicción. Cuanto más débiles sean los motivos que impulsan a obrar, con mayor facilidad son absorbidos y neutralizados en la diferencia de las formas de defensa y ataque, paralizándose con frecuencia el acto guerrero, de acuerdo con lo que la experiencia enseña.

XVIII. El conocimiento imperfecto de los hechos proporciona una segunda razón

Hay una segunda razón que puede detener la acción guerrera, y es la imperfecta apreciación de los hechos. Cada general en jefe sólo conoce exactamente su situación, pues de la del contrario únicamente tiene dudosas noticias; puede, por tanto, equivocarse en su juicio; y en consecuencia de tal error creer que corresponde obrar al contrario cuando le toca a él exclusivamente. Este defecto de apreciación podrá dar lugar lo mismo a una acción que a una suspensión inoportuna, y por sí, lo mismo puede influir en la aceleración que en el retardo del acto guerrero; mas, aunque así sea, siempre puede considerarse como una de las causas naturales, que sin íntima contradicción pueden originar el estacionamiento del acto guerrero. Pero si observamos que siempre nos sentimos inclinados a considerar la fuerza del contrario excesiva, más bien que escasa, pues tal es el modo de ser humano, tendremos que convenir en que la imperfecta apreciación del caso conducirá generalmente a detener la acción guerrera y moderar su principio fundamental.

La posibilidad de una suspensión introduce una nueva moderación en el acto guerrero, pues lo disuelve en cierto modo con el tiempo, disemina el peligro y aumenta los medios de poder restablecer el equilibrio perdido. Cuanto mayor sean las tensiones hostiles de las cuales ha surgido la guerra, mayor será su energía y más cortos los períodos de suspensión; éstos aumentarán con la debilidad del prin-

cipio vital de la guerra mencionado, porque la magnitud de los motivos aumenta la voluntad, y ésta es en todo caso, como sabemos, un factor en el producto de fuerza.

XIX. La frecuente suspensión del acto guerrero aleja más la guerra de lo absoluto y la hace más cálculo de probabilidades

Cuanto más lentamente se deslice el acto guerrero, cuanto más frecuentes y duraderas sean las suspensiones, antes será posible reparar un error; más atrevidos serán los jefes en sus suposiciones, y por la misma razón permanecerá por bajo del límite tantas veces aludido, y todo lo basarán en probabilidades y suposiciones. Como la naturaleza de un acto concreto exige un cálculo de probabilidades con las relaciones dadas, el desarrollo más o menos lento del acto guerrero nos deja más o menos tiempo para este cálculo.

XX. Ya sólo falta el azar para convertir el acto guerrero en un juego, y este elemento es el que menos le falta

Vemos aquí cómo la naturaleza objetiva de la guerra convierte a ésta en un cálculo de probabilidades; aún se necesita un nuevo elemento para convertir la acción en un juego, elemento que no le falta; éste es el azar. No hay actividad humana alguna que esté en tan constante y general contacto con el azar como la guerra. Con el azar tiene un importante puesto en la guerra lo contingente y con ello la fortuna.

XXI. Cómo por su naturaleza objetiva, también se convierte en hecho fortuito por su naturaleza subjetiva

Si echamos una ojeada a la naturaleza subjetiva de la guerra, esto es, sobre aquellas condiciones bajo las cuales debe llevarse a cabo, aún más se nos presentará en su aspecto de juego. El elemento sobre el que se mueve la actividad guerrera es el peligro; pero, ¿cuál es la

fuerza del alma de más importancia en el peligro? *El valor*. Ahora, el valor puede armonizarse con el hábil cálculo; pero son cosas de distinta naturaleza, pertenecen a diferentes aspectos del alma; por el contrario, la osadía, la confianza en la fortuna, la audacia y la temeridad son sólo manifestaciones de valor, y todas estas facultades del alma buscan lo fortuito porque constituyen su elemento.

Vemos, pues, que lo absoluto, lo llamado matemático, no encuentra firme base en parte alguna del arte de la guerra, puesto que en ella se integra un juego de posibilidades, probabilidades, suerte y desgracia que corre por los hilos de su trama, siendo de todos los ramos de la actividad humana el juego de naipes el que más se le asemeja.

XXII. Cómo esto conviene al espíritu humano en general

Aunque nuestra razón se siente impulsada siempre hacia la verdad y la certeza, también se siente nuestro espíritu muchas veces atraído por lo incierto. En vez de marchar con la razón por la sinuosa y estrecha senda de las investigaciones filosóficas y las lógicas conclusiones para llegar, casi sin apercibirse, a sitios en los que se siente extraño, y donde todos los objetos conocidos parecen abandonarle, prefiere vivir con su imaginación en el reino del azar y la fortuna. Cambia aquella mezquina necesidad por un vivir desarreglado en el reino de las posibilidades, y exaltado, toma alas el valor y se lanza a los riesgos y peligros, como el bravo nadador a la corriente.

¿Debe la teoría abandonarle aquí y seguir deslizándose en conclusiones absolutas y reglas? En tal caso es inútil para la vida. La teoría debe considerar lo humano y dar cabida al valor, a la audacia y aun a la temeridad. El arte de la guerra se ocupa de fuerzas materiales y morales; de aquí que en parte alguna pueda alcanzar lo absoluto y lo cierto; queda, pues, ancho campo de acción para lo desconocido, vacío que deben llenar el valor y la confianza, que cuanto mayor sea más se puede dejar a la suerte. Estas cualidades son principios esenciales a la guerra; en consecuencia, la teoría sólo debe establecer leyes en las que aquellas necesarias y nobles virtudes guerreras se puedan mover libremente en todos sus grados y variaciones.

La osadía supone cierta inteligencia y previsión, que deben estimarse como metal precioso, sí, pero de más baja ley.

XXIII. Pero la guerra sigue siendo un «medio» serio para un «fin» serio. Determinaciones más precisas del mismo

Tal es la guerra, tal el general que la conduce y la teoría que la rige. Pero la guerra no es un pasatiempo, un simple capricho de arriesgarse y alcanzar éxitos, no es obra de un franco entusiasmo; es un grave medio empleado para un grave fin. El centelleo de la fortuna que en ella se observa y la vibración de las pasiones, del valor, de la fantasía, del entusiasmo que encierra, son únicamente propiedades de este medio.

La guerra de una comunidad –pueblos enteros, y especialmente pueblos civilizados– se origina en una situación política y estalla por un motivo político. Es, pues, un acto político. Si no fuera más que una manifestación de la fuerza, perfecta, libre, absoluta, como deduciríamos de su concepto abstracto, desde el momento en que se iniciara por medio de la política la sustituiría como algo completamente independiente de ella, la oprimiría y seguiría sólo sus propias leyes, como la explosión de una mina no puede ser conducida después de darle fuego. Así se juzgaba realmente el asunto hasta ahora, siempre que una falta de armonía entre la política y la dirección de la guerra conducía a distingos de esta clase. Mas no es así, y tal representación es falsa. La guerra en la realidad ya hemos visto que no es una acción extrema que se resuelva en un solo acto, sino que es la acción de fuerzas que, lejos de desarrollarse regular y uniformemente, refuerzan a las ya empleadas para vencer la resistencia opuesta por la inercia y los rozamientos, ya otras veces resultan débiles para producir acción alguna; así pues, su impulso será más o menos fuerte según se gaste la energía y se agoten los medios con mayor o menor rapidez; en otras palabras: conducen al objetivo más o menos deprisa, pero siempre con duración suficiente para que una influencia pueda ejercerse en su curso, para que pueda imprimírsele una nueva dirección; en fin, queda sometida siempre a una inteligencia directora. Reflexionando que la guerra nace de un fin político, es natural que este primer motivo que la ha originado siga siendo el principal pun-

to de vista en su dirección. Pero el fin político no es un tirano, debe adaptarse a la naturaleza de los medios, y por ello puede ser alterado con frecuencia, mas siempre debe atenderse a él preferentemente. La política penetra todo el acto guerrero y ejerce en él una constante influencia en tanto que lo admita la naturaleza de las energías desplegadas en la guerra.

XXIV. La guerra es la simple continuación de la política con otros medios

Así vemos, pues, que la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de las relaciones políticas, una gestión de las mismas con otros medios. Queda sólo como exclusivo de la guerra la peculiar naturaleza de sus medios. Puesto que las orientaciones y propósitos políticos no deben estar en oposición con estos medios, esto es lo que requiere el arte de la guerra en general y el jefe en cada caso particular, y este derecho no es de escaso valor; la fuerte reacción que en determinados casos ejerce la guerra sobre las intenciones políticas debe estimarse únicamente como una modificación de éstas, pues el propósito político es el fin, la guerra el medio, y jamás pueden concebirse medios sin un fin.

XXV. Heterogeneidad de las guerras

Cuanto más importante y de mayor entidad sean los motivos de la guerra, cuanto más afectan a los intereses vitales de los pueblos, cuanto mayor sea la tensión que precede a la guerra, tanto más se aproximará a su forma abstracta, con mayor empeño se tratará de derribar al adversario, entonces tienden a confundirse el objetivo guerrero y fin político, y la guerra aparece menos política y más puramente guerrera. Si los motivos y la tensión son más débiles, la forma natural del elemento guerrero, es decir, la violencia, se presentará pocas veces en la senda marcada por la política; la guerra se separará más y más de su aspecto genuino, crecerán las diferencias entre el fin político y el objetivo de una guerra ideal, y la guerra se hace política.

Debemos observar aquí, para que el lector no forme conceptos erróneos, que en esa tendencia natural sólo nos referimos a la filosófica, o mejor, lógica, y en manera alguna a la tendencia de las fuerzas empeñadas en un conflicto real, en las que, por ejemplo, habría que suponer todas las fuerzas morales y pasiones de los combatientes. Ciertamente que en muchos casos podrían ser éstas excitadas en forma tal, que sólo con trabajo pudiera apartárselas del camino político; en la mayor parte de los casos no existirá tal oposición, puesto que por la naturaleza de tan grandes esfuerzos presupone la de un plan grandioso en armonía con el fin. Cuando el plan sólo se encamine a algo pequeño, el efecto de las fuerzas morales en las masas será tan escaso, que tales masas necesitarán más bien ser empujadas que contenidas.

XXVI. Todas las guerras pueden ser consideradas como acciones políticas

Volviendo al punto principal, aun cuando es cierto que en una clase de guerra parece disiparse la política, al paso que en la otra se presenta bien definida, podemos, sin embargo, sostener que ambas son igualmente políticas; pues considerando la política como la inteligencia del Estado personificada entre las variadas eventualidades que abarcan sus cálculos, también pueden ser comprendidas aquéllas en que a la naturaleza de sus relaciones conviene a una guerra de la primera clase. Únicamente no tomando la política en su acepción general y sí en el concepto convencional que la supone una habilidad divorciada de la fuerza, reservada, astuta y falta de probidad, podría serle más allegada la última clase de guerra que la primera.

XXVII. Consecuencias de este criterio para la comprensión de la historia militar y para la fundamentación de la teoría

Desde luego vemos que no podemos concebir a la guerra como *cosa independiente sino como instrumento político*, y sólo con tal suerte de concepción es posible no ponerse en oposición con toda la historia

militar. Sólo este concepto la hace inteligible. También nos enseña este criterio cuán distintas pueden ser las guerras, según la naturaleza de sus motivos y de las circunstancias políticas de que brotan.

El primer acto del juicio, el más importante y decisivo que incumbe a un estadista y al general en jefe, es el conocer la guerra que emprende en el aspecto que hemos dicho, el que no la confunda o la quiera hacer algo que no sea posible por la naturaleza de las circunstancias. Éste es el primero y más general de todos los problemas estratégicos; lo estudiaremos con más detenimiento al tratar del plan de guerra.

Nos contentamos aquí con haber llevado el asunto a este punto y haber establecido, por tanto, el punto de vista principal desde el cual deben mirarse la guerra y su teoría.

XXVIII. Resultado para la teoría

No porque modifique algo su naturaleza en cada caso concreto podemos ver en la guerra simplemente un camaleón, sino que, según el conjunto de sus manifestaciones, y en relación con las tendencias dominantes, constituye una maravillosa trinidad, compuesta del poder primordial de sus elementos, del odio y la enemistad que pueden mirarse como un ciego impulso de la naturaleza; de la caprichosa influencia de la probabilidad y el azar, que la convierten en una libre actividad del alma; y de la subordinada naturaleza de un instrumento político, por la que recae puramente en el campo del raciocinio.

El primero de estos aspectos es más bien propio de los pueblos; el segundo, de los generales y sus Ejércitos; y el tercero, de los Gobiernos. Las pasiones que se han de inflamar en la guerra es preciso que ya existan en los pueblos; el desarrollo que tome la acción del valor y del talento en el reino de las probabilidades del azar depende de las cualidades del general y del Ejército; los fines políticos, en cambio, pertenecen exclusivamente a los Gobiernos.

Estas tres tendencias, que aparecen como otros tantos sistemas de leyes diferentes, tienen su raíz en la íntima naturaleza de las cosas, y son, además, de variable magnitud. La teoría que descuidara una de ellas, o que las quisiera ligar por arbitrarias relaciones, se

pondría instantáneamente en tal oposición con la realidad, que tal causa bastaría para anularla.

El problema consiste en mantener a la teoría gravitando entre estas tres tendencias como entre tres centros de atracción.

De qué manera puede satisfacerse, siquiera en un principio, este difícil problema, lo razonaremos en el libro de la teoría de la guerra. De todos modos, el concepto de guerra que hemos fijado es el primer rayo de luz que cae sobre la base fundamental de la teoría, separa las masas y nos permite distinguirlas unas de otras.